

Catedral de manos de Margarita Sastre de Balmaceda

Javier Ciordia Muguerza
Catedrático–Departamento de Español
UPR-Ponce

Introito

Mi relación con Margarita Sastre de Balmaceda, por razones profesionales y literarias, se retrotrae hasta principios de la década de 1980. Puedo decir que nuestro contacto, desde este punto de vista, se expande también a otras dimensiones culturales; una de ellas, la participación en diversos certámenes poéticos, a nivel de Isla, como el de Manatí, hace ya varios años, en el que ambos fuimos distinguidos con alguna premiación, y el de la revista **Ceiba**, a cuya junta editora pertenecemos los dos desde hace años. Nos unen también los libros, es decir, la *bibliofilia* y la *bibliocracia*, o sea, el amor a ellos y la conciencia del poder que los mismos encierran y transmiten. A mi juicio, -y lo aplico a todos los saberes- saber es, sobre todo, saber palabras, razón ésta por la que en mi didáctica académica no hay día en el que no resalte el significado de alguna de ellas, ya que nuestra verdadera nación y nuestra verdadera patria es, más allá de las fronteras territoriales, nuestra lengua, que es, así mismo, nuestro verdadero ámbito espiritual. No se entra de verdad en ningún país, incluso en el que tenemos como propio, sino por su idioma. También para entrar en el mundo espiritual de una persona, la ruta más adecuada es la de la palabra, la de su vocabulario, ya que éste refleja lo más hondo de su ser. Yo estoy seguro de que la poesía de Margarita Sastre de Balmaceda, no sólo es su mejor documento de identidad, sino su autobiografía más profunda. Todos los géneros literarios -cuento, novela, drama

e, incluso, ensayo- constituyen, sin pretenderlo, una epifanía del yo del autor; pero esta manifestación esplende, de un modo muy particular, en la poesía lírica, ya que quien habla en ella, no son los personajes, sino la persona misma que la escribe. Por eso, como dije en otra ocasión, al presentar **Los hijos de nadie**, otro poemario de Margarita, leer su poesía es ir adentrándose progresivamente, en lo más entrañado de su ser, en el “*sancta sanctorum*” de su personalidad. Es, digo ahora, ir desde la cátedra de sus palabras, a la catedral de su corazón. Y quiero señalar al respecto que, para penetrar en la esencia de las cosas -sucesos, situaciones, realidades- o de las personas, no hay, de ordinario, más que dos vías de acceso: la de la ciencia y la del arte, o lo que es igual, la de la razón y la de la emoción. Vía, pues, intelectual y vía cordial. La filosofía tradicional propició, mayormente, la primera. En su decir, nada se ama si, previamente, no se conoce: “*Nihil volitum quin praecognitum*”. Pero otras filosofías más actuales han invertido los términos y dicen: “Nada se conoce, si previamente no se ama” → “*Nihil cognitum quin praevolitum*”. Las dos opciones filosóficas tienen sus puntos a favor y sus puntos en contra. En el acontecer cristiano, acontecer de fe más que de razón, el acceso a la verdad parece pasar por el corazón más que por la cabeza- San Pablo escribe: “*Corde creditur ad salutem*” (“Con el corazón se cree para la salvación”). Y San Agustín,

por su parte, comenta: “Non intratur in veritatem nisi per caritatem” (“No se entra en la verdad sino por la caridad”). Siglos después, el gran Blas Pascal, pondría coto a su racionalismo con una frase altamente exitosa y angustiada en su caso, ésta: “El corazón tiene sus razones que la razón no entiende”; idea a la que llegó después de haber pasado un verdadero “vía crucis” intelectual.

En cuanto a mí, creo que el ámbito propio del poeta es el de la emoción; mientras que el del científico y el filósofo lo es el del análisis. Estos viven instalados en lo que podríamos llamar la topicidad, el espacio real y concreto de las cosas, lo “mostrenco” del diario vivir, que diría Ortega y Gasset, en tanto que el artista se ajusta, más bien, al “ultrallá” de la utopía, de lo que no es, pero que podría, quizá, ser o haber sido, de acuerdo con su tensión de anhelo y de ensoñación. Ambos métodos o maneras de enfocar la realidad -el de la emoción y el del análisis- ofrecen, cada uno a su modo, una “imago mundi”, una imagen del mundo y, por lo mismo, constituyen dos epistemologías diferentes: la de lo real y la de lo posible. Por eso, con toda justicia racional, a los artistas se los llama creadores; porque crean nuevos espacios de existencia humana, como son los de la pintura, la música, la poesía, etc. El supuesto “*homo sapiens*” no puede vivir sin ellos, como lo evidencia y ratifica el arte rupestre desde hace más de 40,000 años. El arte, en todas sus manifestaciones o formas, es como un suplemento vitamínico que todos necesitamos para desarrollarnos humanamente, o, como quien dice, para recuperar de algún modo, alguna fibra del supuesto paraíso perdido.

Pero ¿qué es, en el fondo, **Catedral de manos**, sino un conato, un

intento, una propuesta de recuperación, frente a la indigencia del vivir cotidiano, de esa supuesta prebenda mítica que alguna vez tuvo el hombre? ¿Qué es el arte, sino un sueño de ascensión? El Ícaro mítico subyace todavía en nosotros. Somos un sueño de auto-trascendencia o de fuga tal vez hacia un estado de más significación o de más plenitud.

Desde otro punto de vista, el de la literatura femenina, los estudiosos han detectado en ella varios rasgos caracterizadores, dos de los cuales, por lo menos, se dan cita en el hacer poético de Margarita Sastre de Balmaceda; éstos son el de la expresividad erótica, más o menos pudorosa, y el del autobiografismo espiritual y psicológico. Este último apuntala su texto de forma precisa e inequívoca, aunque recatadamente, cosa que en la poesía lírica resulta, por cierto, inevitable, ya que en ésta, el hablante se identifica con el yo del autor. En la poesía lírica, insisto, hay un consorcio entre el hablante intratextual y el extratextual, cosa que no suele ocurrir en ningún otro género literario, por más que todos ellos admitan diversas dosis de subjetividad. Hay un axioma latino que lo confirma categóricamente. Dice así: “*Quid quid agitur, ad modum agentis agitur*”, que significa: “Todo lo que se hace, se hace al modo de quien lo hace”. ¡Correcto! Y, en la poesía lírica, más correcto aún.

Inevitablemente, el yo de la autora de **Catedral de manos** subyace en sus piedras-palabras. Más: todo lo que hay en esta obra es, en el momento de escribirla, de Margarita Sastre de Balmaceda. O, más hiperbólicamente todavía: la catedral es, justamente, la autora, porque todo lo que hay en aquella ha sido arrancado de la cantera cultural y espiritual de su corazón, de lo

que hay dentro de su yo más suyo. Por eso, cuando se entra en este texto, que es un texto arrodillado, como yo quisiera que fuese mi inteligencia, se entra también en lo más íntimo de su ser, en el “*sancta sanctorum*” de su personalidad catedralicia.

Catedral de manos constituye, sin duda, una cátedra de buen sentir y de buen hacer literario; sentir y hacer que poseen rasgos de catedralidad, con lo que ello implica de ascetismo verbal, de emoción mística y de sublimación. Tanto el texto en sí como el diseño gráfico que orchestra sus páginas -ambos de alta denotación “eroticárdica”-, transmiten unas vivencias espirituales y, simultáneamente, terrenas, solidarias y gratificantes. Por otro parte, desde el punto de vista de su léxico, se pueden anotar varios matices. Uno de ellos, el de la disciplina con que selecciona y burila las palabras; esto es, la forma. Hay en la autora una gran ascesis o sobriedad, en virtud de la cual todo resulta apropiado. De aquí que, desde el punto de vista del significante, sus composiciones sean, por lo general, micropoemas, en tanto que desde el punto de vista del significado, devienen o resultan macropoemas; lo que equivale a decir, que no dicen muchas cosas, sino mucho, de acuerdo con la propuesta o consigna clásica que advertía a los escritores: “No digáis muchas cosas, sino mucho”. “*Non multa, sed multum*”, cosa que suelen hacer, mejor que nadie, acaso, los buenos poetas y los buenos cuentistas.

Desde el punto de vista del léxico se destacan algunos vocablos. Los más querenciosos o protagónicos son, a juzgar por su frecuencia y sin contar con la sinonimia, los siguientes: mar, sol, ojos, azul, pájaros, manos, dolor y alma, que dan pie a una posible

reconfiguración idílica del paisaje, si bien, no abunda ni la flora ni la fauna, aunque se perfilan algunas gaviotas y garzas que, al par de algún barco velero y de algunos “marullos”, delinear un “hábitat”, más que telúrico, marítimo; un “hábitat”, por otra parte, próximo al tópico del “*locus amoenus*”, como corresponde, históricamente, al encuadramiento de los sentimientos idílicos, en el marco de la naturaleza. Los términos que más sobresalen, dado el carácter erótico del poemario, son los que registran la corporalidad humana que, en el ámbito del hablante lírico son, de modo particular, los siguientes: abrazo, caricia, ternura, cuerpo-, vocablos que respaldan un erotismo suave, pero que “panerotiza”, a veces, toda la Isla, como, cuando próximo al horaciano “*Carpe diem*”, -la invitación del gran poeta latino a usufructuar y gozar de la vida-, declara el hablante: “La cama se me ha vuelto isla; la isla se me ha vuelto lecho”. Y el lector, por lo bajo, murmura: ¡Ay, si la coge por su cuenta Sigmund Freud! Se trata, a mi juicio, de la erotización más abarcadora de la literatura puertorriqueña.

En síntesis: Mirando al texto en sí, cabría caracterizar el hacer poético de la autora de espontáneo y, simultáneamente, de muy laborioso; un hacer literario de gran pulimento, tanto de las vivencias como de su formulación, que da, como resultado, una poesía equidistante entre la emoción y el pensamiento, entre el fondo y la forma, orientada, como referente exclusivo, hacia un tú apócrifo, pero concreto, que polariza la emoción de la hablante; una poesía casi desnuda, libre de sonoridades y de atuendos innecesarios; una poesía de ráfagas fugaces, impregnada de tactilidad y de ternura; una poesía “sentimental,

sensible, sensitiva”, como pretendía Rubén Darío que fuera la suya; una poesía de vivencias interpersonales, en clave de pasado, de presente, e incluso, de futuro, como lo evidencia el episodio del “celular”. Una poesía, en fin, que refleja las virtudes y las virtualidades de su autora, tanto a nivel de obra como de vida. Entre estas virtudes, destacaría tres:

1ª - El sentido de la inmanencia, que aflora, particularmente, en el sentido de la misericordia, que es el que, a mi juicio, representa la máxima cumbre de la inteligencia humana. Cualquier ser humano, por talentoso que sea, si carece de este sentido, no es más que un pobre subdesarrollado existencial. El sentido de la inmanencia nos hace tolerantes, solidarios, colaboradores, misericordiosos, compasivos...

2ª - El sentido de la trascendencia, el cual se fragua en la fe de la autora como cristiana y católica;

3ª - El sentido del trabajo, del “comerás el pan con el sudor de tu frente”, sentido del que da fe sobrada su curriculum vitae.

Entre las virtualidades, creo

distinguir en ella tres capacidades:

1ª - la de la “anagnóresis”, o de auto-reconocimiento;

2ª - la de la “catarsis” o de purificación; y

3ª - la de la “metamorfosis” o de transformación, para convertir las negatividades, en materiales “deleznables” de su propio vivir - depresión, melancolía, sensación de cansancio y acaso, de abandono- en positividad. O como dijera Antonio Machado: para sacar “de las amarguras viejas, blanda cera y dulce miel”. Es decir: sacar de la depresión, euforia; de la melancolía y de la inermia, ímpetu de alas; y de la sensación de abandono, ensoñación arrobadora de esperanza.

¡Oh, quién tuviera esa varita mágica que transforma la chatarra del vivir cotidiano en metales preciosos!

Creo que esa varita, en el caso de Margarita Sastre de Balmaceda, tiene un nombre y se llama “aceptación del misterio”. O más justamente, quizá: “sentido de la Providencia”, que es el sentido que nos ofrecen todas las catedrales, incluida esta “catedral de manos” y de palabras.